



EXTREMADO rigor dentro de una mezcla de austeridad y emoción, de espontaneidad y cálculo, hay en el dibujo de Alfredo Zalce. Su línea jamás balbucea, neta y ágil, desnuda de todo lo superfluo. No hay deformaciones significativas, sino afán indivisible, natural, de lograr los rasgos reveladores: así alcanza su particular y extraordinaria resonancia.

LUIS CARDOZA Y ARAGÓN

La antología de textos críticos que se reproducen en este número fueron tomados del libro *Alfredo Zalce, un arte propio*, Col. Los creadores y las artes, UNAM, 1984.

El mercader de la historia (en torno a Enrique Krauze)

Augusto Isla



na carrera descendente. Hace casi veinte años leí por primera vez a Enrique Krauze; era una biografía de Daniel

Cosío Villegas. Me dio la impresión de que quería ser alguien en el terreno de la investigación histórica. Pero también descubrí allí que su biografiado era un espejo. En él se veía a sí mismo: una larva de intelectual y, al propio tiempo, de empresario. En su condición intelectual habría de ser, como Cosío, “fiera, altanera, soberbia, insensata, irracionalmente independiente”; como empresario, heroico promotor de la cultura; en suma, un intelectual de Estado, activista, organizador, exitoso, santificado por una independencia personal que, desde entonces, me parecía ya ingenuidad ya simulación. Pues ¿qué otra cosa es un intelectual de esta estirpe que una subjetividad en la que el Estado se desdobra para organizar, en el ámbito de la cultura, un sistema de dominación?

A partir de aquel momento, Krauze ha sido fiel a su ideario que, por ser insostenible, describe una línea descendente. Ya que el intelectual y gerente de la Corporación Televisa, no ha hecho sino acumular, con su rabiosa e inofensiva independencia, rencores, prejuicios, fobias: contra la burocracia, contra la universidad pública y sus investigadores, contra la izquierda política; pero sobre todo, dada la incompatibilidad de sus quehaceres en los que alterna la “obra” y los negocios, no ha hecho sino acumular, digo, vanidad y



desprestigios. De suerte que su último libro, *La presidencia imperial*, convidó a Manuel López Gallo a emprender una carcería de gazapos, editorialmente tan jugosa como el libro de referencia. Mezcla de todo, el texto es una crónica presidencial de Ávila Camacho a Salinas, manual a lo Pérez Verdía de la historia política reciente, resonancia historiográfica de un centralismo funesto y también, claro está, recuento de chistes, anécdotas triviales y chismes que nutren la mediocridad política nacional.

Augusto Isla. Realizó estudios de Derecho en la Universidad Autónoma del Estado de Querétaro y de Sociología en la UNAM. Ha sido profesor en varias universidades mexicanas. Como promotor cultural ha fundado suplementos culturales y revistas. Ha publicado, entre otros ensayos, *Venturas y desventuras de la dialéctica*, *Heredarás los mitos*, *El paraninfo en ruinas* y *Discordia por el porvenir*. Actualmente es colaborador de *Redes* y profesor en la Facultad de Ciencias Políticas de la UAEM.

Es en este punto donde Krauze traicionó su paradigma. Pues Cosío, más ingenuo que hipócrita, nunca se degradó a ese extremo, no obstante que, como crítico de la política mexicana, no pasara de ser un consejero público del poder, un escritor ensoberbecido y edificante.



Las malas compañías. “Los aztecas habían desarrollado un complejo sistema de sucesión que a través de la mediaciones más misteriosas llegó casi intacto al México del siglo XX. Se trata del ‘tapadismo’. Un cónclave de notables y jefes militares deliberaba en secreto sobre el nombre del elegido al trono...”. Leemos en estas palabras el eco levemente sordo del frenesí lírico de Paz en *Posdata*, de esa supuesta “historia invisible de México” en la que el poeta descubre la comprensión del presente, gracias al paradigma de un *continuum* simbólico que, aunque reprimido o sumergido por momentos, resurge para poner de manifiesto, por ejemplo, “la vigencia del modelo azteca de dominación en nuestra historia moderna”.

Tantos años de trato con Paz, llevaron a Krauze a una claudicación. No renunció a su oficio. Sólo permitió, acaso por debilidad, que el poeta lo infestara de odio a la historia. En consecuencia, abandonó los métodos propios de ésta y adoptó otro: el de la analogía.

El uso y el abuso de la analogía son el producto de una visión histórica que, paradójicamente, anula la historia, su devenir, su discontinuidad. Una visión en la que se funden pasado y presente. De suerte que la identidad de tiempos da lugar a un eterno presente que autoriza al historiador a pasar por alto las diferencias y, en un plano de sincronía infinita, de propicia inmovilidad, asociar fenómenos que sólo guardan similitud lingüística. Pues se trata, en efecto, de un discurso en el que el sujeto devasta, por así decirlo, la historicidad y la somete a sus propios signos, como si no fuera relevante para comprender un fenómeno, estudiarlo en su momento y no en otro.

En Octavio Paz, tal concepción dio como resultado imágenes curiosas, pero ineptas para comprender simplemente las diferencias entre el presidencialismo mexicano y el gran Tlatoani. Pero en un historiador, esas imágenes disipan el mínimo rigor que le debe a su oficio. Si Krauze nos dice que la liturgia sucesoria azteca llegó a nuestro siglo casi intacta. ¿Cuál es el significado de ese “casi” que la modifica? Pero sobre todo habría que preguntarse cómo una tradición consagratoria, interrumpida por siglos, reaparece bajo ciertas circunstancias, aunque sin su fuerza legitimadora, dado que el nuevo Estado posrevolucionario, para legitimarse, no abreva, según él, en ese relato mítico, sino en el carisma de los generales revolucionarios y en “la rica tradición política de México, sobre todo de la etapa virreinal, actualizada por don Porfirio”.

Sin duda, un estructuralismo consecuente lo hubiese llevado a explorar de qué modo se entretajan tan diversas tradiciones. Pero todo parece indicar que, sin haberlos asimilado, un maestro –Cosío– le impuso la metáfora de la “monarquía sexenal” para explicar el presidencialismo mexicano, mientras el otro –Paz– lo sedujo con la imagen del Tlatoani. Así, con tales disparates, Krauze se ahorró la molestia de indagar, ya por caminos históricos ya por vía antropológica, cómo surgió en México el llamado “tapadismo”, qué situaciones lo hicieron posible y qué otras lo han puesto ya en bancarrota.



La ausencia de la crítica en la observación histórica. Es una paradoja que alguien tan obsesionado por la crítica, utilice sus fuentes con una absoluta carencia de ella. Su observación histórica basada en testimonios es un desastre. ¿Deficiencias técnicas o mala fe? Le tiene sin cuidado la comparación crítica; nunca duda de su autenticidad si el testimonio da pábulo a sus fobias; no evalúa la probabilidad de que un hecho se haya producido realmente si a él conviene tomarlo por verdadero.

Él, que pudo ver, con insólita mirada, lo que escondía Adolfo López Mateos en la ceremonia en que tomó posesión como candidato del PRI –sentimientos, preocupaciones y dolores–, ¿no fue capaz de someter a prueba el testimonio de ese líder ferrocarrilero oficialista que fue Gómez Z. Cuando narra, para desacreditar al “agresivo” Valentín Campa, aquello de los bolillitos que mandaba hacer para probar la explotación de clase?

¿Las carreras en el Masseratti son una leyenda o un hecho real que protagonizó un López Mateos ciertamente tan atribulado como sensual? ¿Por qué hemos de confiar sin más ni más en un Víctor Manuel Villegas, ya senil, para creer que en efecto López Mateos formuló esa declaración autocompasiva –“soy un hombre deformado”–, de la que Krauze, en pleno delirio exegético, desprende que el entonces presidente “siempre se había sentido ajeno al poder, ajeno a sí mismo en el po-

der”? ¿Por qué nos ofrece, para hablar- nos del odio que Alemán sintió por Ruiz Cortines, algunos testimonios que coinciden y cuando nos remitimos a las fuentes sólo aparece uno, el de Antonio Mena Brito?

Pero lo peor no son estas flaquezas inadmisibles en un aprendiz universitario, sino el entregarnos como certezas el rumor, el chisme, la sospecha: el “no faltó quien asegurara”, el “según versiones”, el “se dice que”, ese “habría” en que incurre cualquier gacetillero inseguro de su información. Al historiador que detesta la universidad pública, ¿no le hizo un poco de falta pasar por ella?



Un retratista vacilante y arbitrario. Krauze entrevera la crónica del pasado reciente, la biografía de los personajes presidenciales y su relato psíquico y moral. Pero si en unos casos vacila en el dibujo, en otros inventa un perfil que no parece corresponder al retratado. ¿Ruiz Cortines era honesto de verdad, o era su honradez una “calculada excentricidad”? ¿Eran una virtud sus cuidados del tesoro nacional o hacía pasar por cualidad el despreciable defecto de su tacañería?

Sin duda, el pasaje más irrisorio de sus biografías de pacotilla, es el de Adolfo López Mateos. “¿Quería ser presidente?”, se pregunta. Y responde: “en un sentido, sí, como casi cualquier mexicano. Pero en un nivel más profundo, no”. ¿En qué consiste, ese nivel profundo? En que “no es-

taba construido para el poder sino para la bohemia, el arte, el amor y, desdichadamente, para la enfermedad”. ¿Hay una comprobación de tal aserto? Si llevó una vida desordenada —eso significa bohemia— nada dice acerca de ella; si el arte era su destino, ¿a cuál se refiere?, ¿a la oratoria, que le es reconocida?; pero ¿no es ésta, según Platón, el arte de cautivar las almas, y su obra el dirigir costumbres y pasiones del alma, es decir, la política? ¿El amor o los amoríos no se reducen, en su “demostración”, a la estúpida anécdota del beso a una mesera, o al saludo a las guapas muchachas que encontraba a su paso? ¿Estaba construido para enfermedad alguien que rebozaba salud, “subía al nevado de Toluca y recorría a pie el trecho de México a Toluca”?

Irrespetuoso con la lógica, la única herejía de Krauze es su desverguenza, esa especie de profanación impune de la historia. No deja de aterrar que los textos de este pretencioso, se conviertan, como lo desearía su engreimiento, en manuales que habrán de sembrar la confusión de las futuras generaciones para delicia de los iconoclastas.



La escritura contrahecha. Si a elegir fuera el estilo historiográfico, preferiría la austeridad, la *brevitas* salustiana. *La Historia de España* de Pierre Vilar me produce la mayor delectación. Pero no desdeño el texto prolífico, siempre cuando responda —vuelvo a los romanos— al ideal ciceroniano de una historia verídica y bien escrita. Los franceses de nueva cuenta: *Martín Lutero* de Lucien Febvre, es un prodigio. ¿En México? O’Gorman es el maestro: inteligente, riguroso y gran escritor. Krauze pretende escribir bien. ¿Lo consigue? La cercanía con Paz y, acaso cierta complicidad entre ellos le ha llevado a creer que es una soberbia pluma. Pero su sintaxis es a menudo descuidada; su adjetivación, excesiva e impropia; su ironía y sarcasmo, fallidos. Juzgue el lector si es correcto decir que Ruiz Cortines coloca la banda presidencial a López Mateos “ostensible y tutorialmente”. Ostensible

tenía que ser y, por tanto, es redundante; tutorial está fuera de lugar, pues la ceremonia no formaliza una tutela sino la transmisión de un poder. Los títulos de sus libros son gemas de ignorancia y pedantería. ¿Porqué una “presidencia imperial”? ¿Han sido presidentes de un imperio, es decir, de un Estado que ha extendido sus límites territoriales? ¿Han ejercido el mando con dignidad imperial si sólo han sido, a su juicio, ya empresarios, ya contadores, ya gerente de relaciones públicas, ya abogados penales (*sic*), es decir, hombrecillos activos e insignificantes? ¿Han ejercido el mando con altanería y despotismo? Salvo en Díaz Ordaz, en ningún otro encuentra estos atributos, pues uno autocontiene, otro es austero, otro más sufre por la dureza de las medidas represoras. ¿O todo es una ironía involuntaria?



Los juegos metafísicos. Más que reunir algunos ensayos dispersos, *Textos heréticos* (1992) enhebra laboriosamente las “perlas” krauzianas. Está allí el escritor bicéfalo –político e historiador en desafortunada relación. Pues a menudo el historiador discurre como el analista del presente, y éste como aquél, traicionando la lógica que a cada uno concierne en lo que puede describirse como un desencuentro de lo interdisciplinario. Qué extraña manera de practicar la historiografía de quien emplea constantemente el “hubiera”. Hacerlo alguna vez tiene su sentido: nos da la voz de alerta acerca de la incertidumbre histórica, del infinito juego del azar. Es siempre grato paladear unas gotas de metafísica. Pero Krauze parece, dada la recurrencia a estos ejercicios metafísicos, no conformarse con la comprensión del hecho consumado; le encantan las fantasías pueriles: que si hubiera sido fácil evitar la violencia revolucionaria de haber escuchado Porfirio Díaz los consejos de Justo Sierra; que si en vez de favorecer a Huerta, el gringo Taft hubiera propiciado al menos el exilio de Madero, la historia de México sería distinta... El libro está plagado de estos subjuntivos que desnudan a un moralista exhalando la ambición no sólo de corregir el presente, sino la de aconsejar a las osamentas que yacen en la profundidad de los cementerios.



El kitsch político. Ciertamente, el *kitsch* es una categoría del arte. Pero suele aplicarse a otros campos de la cultura, incluso a la política, como la dimensión estética e intelectual de la mediocridad. Digamos que es una forma del engaño, de dar gato por liebre. Parafraseando a Moles, se vincula con los productos culturales, del mismo modo que se vincula lo inauténtico con lo auténtico. En otras palabras, nos ofrece como algo caro una baratija. Oferta de vendedores, el *kitsch* es también una concesión al hombre medio que tiende a eludir toda complicación en materia de gusto y pensamiento. Sólo el estilo *kitsch* abre las puertas de la gran tienda. En el discurso político, el *kitsch* implica no tanto la pereza cuanto la comodidad: el sentido común reemplaza a la reflexión; hace las veces de una pedagogía para las masas. Pedagogía siempre portadora de facilidades y simplificaciones, a menudo también de irrisorias alergias.

En el más puro estilo *kitsch*, el gerente de Televisa se ha pronunciado por la implantación en México de los jurados populares al modo estadounidense y por la privatización de la medicina, vale decir, de los servicios de salud. Lo primero horroriza no menos que lo segundo. Respecto a lo primero, la industria fílmica norteamericana ha dado suficiente cuenta de esa avalancha de prejuicios culturales –religiosos, morales, psicológicos– que el hombre medio lleva impudicamente al escenario judicial. Y respecto a lo segundo, ni qué decir. ¿El señorito ignora que en México hay más de 40 millones de pobres cuyas vidas en riesgo por algún padecimiento grave, sólo pueden salvarse gracias a los servicios de hospitales públicos?.

El consejero nos obsequia sus fórmulas de boticario; el analista, cuando no toma prestadas las explicaciones de sus maestros, nos exaspera ya con sus simplificaciones del “pan o el palo” como opciones del poder, ya con generalidades como “los intelectuales”, ya con el manoseo de lugares comunes como “sistema” o “tapadismo”. Aunque el *kitsch* sólo parece una estrategia de ventas basada en una accesibilidad del discurso, es también un arma de combate ideológico. La sencillez que transige con el destinatario es la coartada para un engaño; el autor –en este caso, afectado por ese aire sábelo todo intocado por las impurezas ideológicas–

ofrece un producto falso. Pues, por ejemplo, aquella democracia “sin adjetivos” que enarbola, ya está aquí balbuceando su gramática de pluralidad, competencia, alternancia; pero enteca ya que, en medio de ella, resplandece el caos: el desorden económico, la proliferación de la miseria, la inseguridad y el miedo, el clamor colectivo de venganza contra el crimen organizado.



El empresario y su amor a México. Leyendo el último libro de Krauze, recordé una nota de Samuel Ramos intitulada “la pedantería” que aparece en su libro *El perfil del hombre y la cultura en México*. Al final de la nota, el filósofo nos dice: “el pedante tiene que contentarse con brillar en círculos poco exigentes y modestos, en donde el éxito no constituye ni un mérito ni una satisfacción”. Pues que así sea en el caso de este intelectual fraudulento que ha sabido esconder sus limitaciones con una máscara de vanidad y grandilocuencia. Y aunque él no leerá estos garabatos, digo para mí que hay que dejarlo tranquilo dirigiendo su *Clío*, que produce libros bonitos para hojear en esos domingos ociosos en los que no se tiene cabeza sino para entretenerse con las imágenes nostálgicas de los barrios de la ciudad de México y de las vidas de Pedro Infante y Sara García, o para incitar a la gula con exquisitas recetas de cocina.

Dejémoslo tranquilo con su amor a México del que ha hecho una religión, la única religión que profesa, vendible y un tanto exótica. Pues después de torturarnos con su *Presidencia Imperial*, uno acaba, de atenerse a su visión, odiando a un país en el que sus dirigentes políticos se exhiben ante nosotros como una galería de viciosos –el que no es tonto, es avariento o rapaz o destrampado, o déspota estreñido o megalómano– y su pueblo no pasa de ser una grey envilecida; en fin, un país donde lo único rescatable son sus maestros y amigos –Cosío Villegas, Octavio Paz– y, por supuesto, él mismo, juez de nuestras vidas y enamorado de la putrefacción. ○